

»El libertador, añade Lincoln, no puede ser ni el lobo ni el pastor á la vez, probable es que no sea ninguno de los dos, y por lo tanto la libertad es del rebaño que no necesita ningún libertador que se la dé.»

No podemos seguir á Lincoln en las etapas de su gloriosa campaña. Siempre se trató del mismo punto y usáronse los mismos argumentos por una y otra parte. Diremos solamente, para dar á nuestros lectores una idea de la devorante actividad de unas elecciones en los Estados Unidos, que aparte de los siete debates con Douglas, Lincoln pronunció más de cincuenta discursos en diferentes ciudades.

Extrema era la efervescencia; el país entero fijaba sus miradas en el Illinois, y los ardientes votos de los amigos de la libertad acompañaban á Lincoln. Sin embargo, el honrado Abe debía combatir á algo más que la oposición de sus adversarios políticos.

La acción de Douglas sobre la suerte de la Constitución Lecómpton, el odio implacable que desde esta época le profesaron los jefes de la aristocracia del Sud, sin contar con las influencias locales, inducían á nuestros republicanos á enviarle al Senado, considerando que bien merecían semejante recompensa sus afortunados esfuerzos, gracias á los cuales no pudo imponerse por sorpresa al Kansas una Constitución esclavista. Creían, además, que con ello alentarían á los demócratas menos avanzados para imitar su ejemplo.

Prevalcieron estas consideraciones, y el sufragio popular dió á Lincoln cinco mil votos más que á su adversario; pero como que Douglas contara con una mayoría en la Legislatura, ésta le envió al Senado.

Fecunda en resultados fué la lucha, á pesar de esta aparente contrariedad, pues al fin quedaba establecido un partido anti-esclavista, y este partido tenía un jefe.

En el tiempo que media entre la campaña senatorial de 1858 y la apertura de la campaña presidencial de 1860, Lincoln recorre diversos Estados de la Unión. En este tiempo vémosle recorriendo el Ohio, el Kansas y el Estado de Nueva York, hablando en las escuelas y en los clubs y arrollando de continuo á sus antiguos adversarios siempre con la misma lógica, con la misma fogosidad, con la misma elocuencia.

Es verdaderamente asombroso que fuera menester tanto talento y tanta virtud, y por saldo de cuentas, tantos raudales de sangre, para convencer,

en pleno siglo XIX, á un pueblo republicano, de que un verdadero partidario de la libertad, lo mismo debe quererla para los blancos que para los hombres de color.

El 2 de Noviembre debía celebrarse la elección presidencial.

El partido republicano formuló el siguiente programa (platform):

«Son esenciales para la conservación y salvaguardia de las instituciones republicanas, los principios promulgados en la declaración de independencia y comprendidas en la Constitución federal.

»Deben ser y serán mantenidas la Constitución, la Unión, y los derechos de los Estados.

»El respeto inviolable de los derechos de los Estados, y particularmente del que atañe á cada uno de ellos, para dar orden y revisar sus propias instituciones, exclusivamente según sus inspiraciones, es esencial al equilibrio de los poderes, sobre los cuales están basadas la perfección y la duración de los organismos políticos del país.

»El nuevo dogma en virtud del cual y por su propia fuerza se establece la esclavitud en uno ó en la totalidad de los Estados Unidos, es una peligrosa herejía política.

»Ni el Congreso, ni los legisladores locales, ni los ciudadanos tienen poder bastante para conceder existencia legal á la esclavitud en ninguno de los territorios de los Estados Unidos.»

La Convención nacional republicana de 1860 se reunió á los 26 de Mayo en Chicago, en un inmenso edificio llamado el Wigwam, levantado expresamente para el caso, á expensas de aquel partido. A 465 ascendían los delegados, y á seis el número de candidatos, algunos más conocidos que Lincoln, en especial los Sres. Chase, Bakes y Seward; pero la lucha verdadera debía empeñarse entre este último y Lincoln.

Si en el primer día se hubiese hecho la elección, Seward habría indudablemente triunfado: aplazóse para el día siguiente y nacieron nuevas combinaciones. Seward tenía sobrados compromisos políticos, y era menester en aquella ocasión un hombre nuevo, independiente y que no transigiera ni cesara en su empresa.

El número de votantes era de 465 y el de la mayoría absoluta de 233, arrojando el primer escrutinio un resultado que dejaba á Lincoln en tercer lugar.

En la segunda votación aparece ya en segundo, y finalmente, en la tercera, la mayoría absoluta fué para Lincoln.

Nada puede compararse al entusiasmo con que el pueblo recibió la buena nueva. El estampido del cañón se confunde con el acento de las campanas: salen en seguida correos en todas direcciones y el telégrafo anuncia el triunfo de los abolicionistas á los cuatro confines de la Unión.

La emoción es tan inmensa, que la Asamblea se ve obligada á suspender sus trabajos. Al reanudarlos, aparecen nuevos Estados que cambian sus votos, de modo que Abraham Lincoln alcanzó el número de 354. Finalmente Ewatts, de Nueva York, propone, y su proposición es aceptada, que se publique que Lincoln ha sido elegido unánimemente candidato á la presidencia de los Estados Unidos, para las próximas elecciones de 2 de Noviembre de 1860.

Mientras esto acontecía en Chicago, el honrado Abe hallábase en Springfield, en la redacción de uno de los periódicos de la localidad. A las cinco de la tarde el director del telégrafo le envió el siguiente:

Sr. Lincoln.

«En el tercer escrutinio acabáis de salir nombrado.»

Sus amigos rodeáronle presurosos y le colmaron de felicitaciones, y él, silencioso, metióse el billete en la faltriquera y se dispuso á marchar.

—¿A dónde vais? le preguntaron.

—A casa, contestó: allí me espera mi buena esposa, y como sé que esta noticia va á alegrarle en extremo, quiero ser el primero en dársela.

Al día siguiente llegó á Springfield el comité encargado de anunciarle oficialmente la designación hecha por la Asamblea de Chicago.

Hallábase entre los miembros de la Comisión un juez de Pensilvania, hombre de aventajada estatura, el cual al ver á Lincoln más alto que él, le miró con cierto asombro mezclado de envidia. No escapó al futuro Presidente este movimiento, y tendiendo su mano al juez, le preguntó:

—«¿Qué talla tenéis?»

—«Seis pies y tres pulgadas. ¿Y vos, señor Lincoln?»

—«Seis pies cuatro pulgadas.»

—«Entonces, repuso el juez, la Pensilvania no tiene más remedio que inclinarse delante del Illinois. Muchos años ha que deseaba de todas veras tener un Presidente que me obligara á levantar la cabeza para mirarle, y al fin lo encuentro en un país, en donde no creía que hubiese tales gigantes.»

El partido republicano aprobó universalmente el nombramiento de Lincoln. Tenido por hombre de

sólidos principios y por amigo sincero de la verdad, precipitóse á la lucha con tal decisión y entusiasmo, que eran segura garantía de triunfo, mayormente luchando con enemigos divididos y vacilantes.

Los Estados del Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode-Island, Connecticut, Nueva York, Pensilvania, Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Yowa, Wisconsin, Minnesota y California dieron á Abraham Lincoln dos millones de votos.

Sabido es el resultado que á esta elección cupo. Sin provocación alguna por parte del Gobierno federal, sin que ninguna agresión se hubiese siquiera intentado contra los derechos de los Estados del Sud, los jefes esclavistas proclamaron en voz alta el derecho de segregación.

La Carolina meridional fué la primera en declararse.

En Charleston las milicias de dicho Estado se apoderaron de la Aduana de los Estados Unidos, de la casa de Correos, del Arsenal y de los fuertes Pinckney y Moultries que defienden la rada. Sólo quedó á la Unión el fuerte Dunster, guarnecido por ochenta hombres que mandaba el coronel Anderson.

El juez federal de Charleston, partidario de los intereses del Sud, se niega á juzgar, y las principales cabezas de motín se reúnen en Milledgeville para entenderse respecto á la separación y á las medidas militares que debían asegurar el éxito. Se abrió el Congreso el 3 de Diciembre y fundamentalmente se contaba con la imparcialidad del Gobierno. «Elegido por la coalición democrática, Mr. Buchanan no se atrevía á romper con sus antiguos aliados; afectaba ver simplemente un acto agresivo contra ellos en la elección de su sucesor; buscaba en vano medios conciliatorios; no admitía la posibilidad de la segregación, la condenaba y, sin embargo, no se creía con derecho para reprimirla. Los partidarios del Sud estaban en mayoría en su ministerio y ocupaban la mayor parte de los empleos federales; de ello se habían aprovechado para favorecer é impedir la ejecución de las medidas propuestas por sus colegas partidarios de la Unión. Uno de los suyos, Mr. Floyd, ministro de la Guerra, había vendido en los mercados del Sud parte de las armas de propiedad nacional y mandado el resto á los arsenales de los Estados que estaban á punto de sublevarse.»

El ejército federal, á pesar de las reclamaciones del general Scott, había sido dividido y aniquilado casi, con deliberado propósito.

El secretario Toncey, hombre, sin embargo, de la nueva Inglaterra, había mandado toda la marina, exceptuando algunos buques, á puertos lejanos, de donde no podían volver pronto y fácilmente.

En las costas del Atlántico, en el golfo de Méjico y desde Norfolk á Nueva Orleans, las guarniciones de los fuertes habían sido disminuídas de tal modo, que se encontraban á merced de un golpe de mano.

La Convención de la Carolina del Sud decretó la segregación el 20 de Diciembre, declarando «que la Unión existente entre la Carolina del Sud y los demás Estados, bajo el nombre de Estados Unidos de América, quedaba disuelta».

Los motivos imaginados por los rebeldes para justificar su determinación merecen ser citados:

«Afirmamos, decían, que catorce Estados han rehusado formalmente, después de largos años, el cumplir con sus obligaciones constitucionales y en sus mismas leyes encontramos la prueba...

»En muchos Estados el esclavo fugitivo no viene obligado al trabajo y en ningún gobierno local está sometido á las estipulaciones prescritas en la Constitución...

»Así, pues, la Unión constitucional queda formalmente rota y menospreciada.»

Añádase á todos estos agravios «el de haber sido elevado á la alta dignidad de Presidente de los Estados Unidos, un hombre cuyos deseos y opiniones son hostiles á la esclavitud».

¿Qué hacía este hombre justo mientras se organizaba la rebelión á la luz del día con la secreta complicidad del Gobierno á quien iba á suceder?

Aguardaba en Springfield que llegase su hora, vigilando en silencio la traición de sus adversarios y defendiéndose enérgicamente contra las amistades espontáneas de un sin número de personajes que hasta entonces no había conocido y que llenaban por completo su modesta morada.

«Estoy maravillado, decía á su esposa; recibo á la sexta parte de la nación, que desea vivir á expensas de las cinco restantes. Alejad de mí á todos los pretendientes; hasta el día en que me instale en la Casa Blanca nadie sabrá á quién quiero elegir para funcionarios.»

Este día llegó.

Los Estados esclavistas habían seguido el ejemplo de la Carolina del Sud.

El 8 de Febrero de 1874 la Asamblea de Montgomery votaba la Constitución de los Estados confederados y elegía para Presidente y Vicepresidente de la Confederación del Sud á Jefferson Davis y Alejandro A. Stephens, respectivamente.

El 11 del mismo mes, Lincoln sale de Springfield para ocupar el puesto de honor que sus conciudadanos le habían confiado, después de haber dirigido, á los habitantes de su patria de adopción, estas conmovedoras palabras de despedida:

«Amigos míos: nadie, que en mi situación no se encuentre, puede darse cuenta de la tristeza que experimento al separarme de vosotros. Cuanto soy, á este pueblo se lo debo. Más de un cuarto de siglo he vivido aquí; aquí han nacido mis hijos y aquí está enterrado uno de ellos. No sé cuánto tiempo transcurrirá antes de volver á veros, no sé si os veré más.

»Un deber, el más pesado que haya sido impuesto á un hombre desde los días de Wáshington, pesa sobre mí. Sin la ayuda de la Providencia en quien siempre confío, no habría triunfado nuestro libertador; á mi vez, siento que necesito también del apoyo divino y en el Todopoderoso fio mi esperanza.

»Amigos míos, rogadle que me proteja. Sin él no hay victoria y con él cierto es el triunfo. Una vez más os mando un adiós desde el fondo de mi corazón que está unido á vosotros por los lazos del afecto más profundo.»

Parte luego acompañado de los votos y de las plegarias de todos. En cada estación, como se espera á un libertador, le espera la multitud que aclama á Lincoln y á la Constitución.

El viaje de Springfield á Wáshington fué una ovación verdadera. En cada estación es detenido, festejado y cumplimentado. Responde á todas las diputaciones y cada uno de los discursos que pronuncia, por corto que sea, es un modelo de oportunidad adaptado al lugar, circunstancias y auditorio.

En Nueva York, el Alcalde de la ciudad le expresa todas las esperanzas que el pueblo leal de los Estados Unidos tiene en él, para el mantenimiento de la Constitución violada por los rebeldes.

«Nada, contesta Lincoln, podría hacerme sentir en la destrucción de esta Unión, á la que deben su maravillosa prosperidad la gran ciudad marítima de Nueva York y el país entero, en tanto que la Unión esté consagrada al objeto para el que fué establecida. Creo que el navío se hizo para la carga y á menos que su salvación lo exija, no debe arrojar por la borda flete y pasajeros. Así, pues, mientras la prosperidad y la libertad del pueblo encuentren un seguro abrigo en la Unión, decidido estoy á defenderla y á consagrar mis fuerzas todas al mantenimiento de la Constitución que la ha fundado.»

Continúa su viaje y llega á Trenton, en el Estado de Nueva Jersey. Los ciudadanos que le rodean ven que antes de contestarles se saca del bolsillo un ejemplar de la *Vida de Wáshington*, que había comprado á su profesor con tres días de trabajo, y le oyen decir lo siguiente:

«Ciudadanos, no puedo pasar por vuestro Estado sin recordar los grandes combates que se han librado aquí. En este libro he aprendido á amar á mi país, y cuando en él lea el relato de las luchas de nuestros padres, comprendía que aquellos héroes se batían por algo más que por el triunfo de la esclavitud.»

En Filadelfia le advierten que algunos conspiran para impedir su instalación, intentando contra él un golpe de mano que puede llegar hasta el asesinato según se teme.

Por los consejos del general Scott y del senador Seward se decide á no ir más que á una de las invitaciones que había aceptado; á la que tenía por objeto enarbolar una bandera sobre el edificio donde se firmó en 1776 la declaración de independencia.

Después de haber entrado en la sala, teatro del acto memorable, pídenle que, por medio de una cuerda, levante la bandera sobre el edificio.

«Amigos míos, responde, el acto que me pedís que lleve á cabo es una imagen de lo que soy. Yo no he tejido esta bandera, no he combinado la máquina que ha de levantarla, ni he trenzado la cuerda que la sostiene; no soy más que un instrumento; presto mi brazo y la nación hace lo demás.

»Al releer nuestra Constitución, me he preguntado muchas veces, ¿qué le ha valido el privilegio de que sea la más joven y la más vieja de cuantas existen? Y me he contestado; es que en esta Constitución han escrito sus inmortales autores, el admirable principio de la libertad para todos, y al hacerlo han profetizado, no tan sólo el porvenir de su país, sino del mundo entero. Han anunciado que vendrá un día en que el peso que gravita sobre las espaldas de los hombres, será aligerado, y ha durado esa Constitución porque en ella hay consignado este principio; no sé lo que ha de ser en lo porvenir; pero de mí os diré antes de hacerme renunciar á sus principios, *seré asesinado en mi puesto.*»

Terminada esta ceremonia, Lincoln partió para Harrisburgo, donde la Legislatura de Pennsylvania le recibió oficialmente. A las seis de la tarde subió secretamente á un coche que le condujo al embarcadero donde un tren especial le aguardaba, y

volvió á Filadelfia. Cortáronse los hilos telegráficos en cuanto el tren se puso en marcha para que la noticia del viaje del Presidente no se divulgara en cuanto fuese conocida. En Filadelfia, el Presidente y el marshall Lamon, de Wáshington, su único compañero, entraron en un vagón-salón y el siguiente día 23 de Febrero, á las seis de la mañana, llegaron á la capital federal.

Una multitud inmensa, dice Mr. Bigelow, del que tomamos estos minuciosos detalles, se había trasladado á la estación de Baltimore y su actitud, cuando pasó el tren en que se veía que debía llegar el Presidente, no dejó duda sobre las malas intenciones que el pueblo alimentaba. Justificadas quedaron las precauciones que había tomado Mr. Lincoln. Esta prueba manifiesta de los desesperados proyectos forjados por los enemigos de la nueva administración, hizo necesario en la capital la presencia de algunas fuerzas militares para reprimir los tumultos, cuando la instalación del nuevo Presidente.

La inauguración de Abraham Lincoln en Wáshington el 4 de Marzo de 1861, tuvo lugar sin manifestaciones hostiles por parte de los agentes del Sud, muchos en número en la capital.

La ceremonia, sencilla en sí, se revestía del carácter de solemnidad que le daban las circunstancias.

Se ha podido ver por el retrato que hemos hecho del nuevo Presidente, y por la historia de su juventud y de su vida política, que no poseía ninguna de las ventajas que dan la riqueza, el exterior, las maneras, y la experiencia de lo que llaman mundo; comprenderá el lector que *el honrado Abe*, como le llamaba su padre, se encontraría embarazado, confuso y casi avergonzado, al presentarse entre las aclamaciones de la multitud entusiasta, en el escaño, rodeado de su predecesor Buchanam, y su contrincante Esteban Douglas, para prestar el juramento constitucional y dirigirse á la Asamblea del pueblo.

Se adelanta lentamente y con aire inquieto, dice Augusto Polo; «se quita el sombrero que parece pesarle atrozmente, y lo pasa maquinalmente de una mano á otra, hasta que no sabiendo qué hacer de él, lo coloca en el suelo. Pero impelido por los jueces y senadores que llenaban la plataforma, se ve obligado á avanzar algunos pasos y por consecuencia á recoger el desgraciado sombrero, del que le libra su antiguo antagonista Douglas, que ha seguido con sonrisa maliciosa todos sus movimientos».

Entretanto se calma la agitación en la plaza del